

Carta del Director:

Dr. Salustio Montalva Nouveau.¹

La tarea de hacer un comentario en torno a un artículo, cuyo motivo principal es analizar la definición y descripción que del perfil del egresado de la Escuela de Medicina ha hecho la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, de suyo controvertido, resulta un desafío atractivo y arduo a la vez, especialmente si consideramos que está referido a un trabajo serio emprendido por la Escuela de Medicina más antigua y con mayor experiencia en la formación médica en Chile.

Definir las características que ha de poseer un médico en Chile, así como en otros países del mundo, no es fácil. Incide en este intento un espectro multifactorial de circunstancias de diversa índole: académicas, sociológicas, éticas, filosóficas, económicas, etc., además de la participación de los diversos actores de la dinámica humana directamente involucrados.

Pero a no dudarlo, la medicina es una profesión cuya actividad está absoluta y esencialmente vinculada con el ser humano en su más amplia concepción, en su vida, su salud y su entorno. En las últimas dos décadas, diferentes iniciativas, tal la innovación curricular al interior de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, han dado cuenta de nuevas propuestas respecto a la enseñanza médica de pregrado. Recientemente, el Proyecto Alfa Tuning-Latinoamérica, así como el de Bologna, en Europa, intentan iluminar en este tema con una visión más globalizada en un mundo cada vez más interconectado.

¹ Profesor Asociado de Cirugía. Departamento de Cirugía Sur- Director Académico CABL-Facultad de Medicina Universidad de Chile. Director de la revista Medicina y Humanidades.

El artículo de los doctores Valenzuela y Villarino resulta especialmente crítico frente a la definición del perfil de egreso, por un lado, pero, por el otro, resulta también propositivo, especialmente en el área de los aspectos de inteligencia emocional, capacidades blandas y formación en humanidades, como facultades deseables para robustecer la formación del estudiante de medicina. En este sentido, destaco, coinciden plenamente con la vertiente denominada Fundamentos Antropológicos Humanísticos y Éticos de la Medicina (FAHE), incorporados en la reciente Innovación Curricular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

Lo cierto es que en un mundo globalizado, altamente dependiente de la tecnología y subyugado por el consumo y el hedonismo volvemos a vivir la “cosificación” y la “deshumanización”, pero ahora asociados a una suerte de desesperanza y abandono patéticos. El ser humano, atraído por pseudo-musas, sufre el dolor de la despersonalización, la alienación, la ausencia de solidaridad y apego. Queda, en fin, sólo y abandonado a sus circunstancias, que son su sufrimiento, su enfermedad, su angustia y su dolor.

Este remedo de persona debe asumir una condición de “usuario”, en circunstancias que encontrándose gravemente enfermo se siente débil, dependiente y menesteroso hasta el extremo. Pero es la sociedad la que no le permite vivir su rol real, y lo obliga a parecer insensible, impersonal, supuestamente recuperable de todo, y, finalmente, no le acepta manifestarse acerca de su enfermedad ni menos mencionar la muerte, porque todo ello es de muy mal gusto. La sociedad, en fin, exige a los pacientes conducirse con un aire triunfalista y exitoso, aún frente a esa enfermedad que lo consume a ojos vista. El triunfo ha de verificarse frente a toda enfermedad, y por qué no, también ante la muerte.

Entonces, el individuo, en su soliloquio interno, se confiesa otra vez paciente. No desea agredir a nadie sino que le urge ser aliviado y ayudado; se siente terreno, sufriente, dependiente, anhelante y desesperanzado. Se siente, a fin de cuentas, tremendamente, trágicamente humano. Probablemente hoy, en nuestro siglo, nada re-humanice más que el sufrimiento. Y la enfermedad es precisamente eso, sufrimiento.

Ante esta dimensión, esencialmente humana, el enfermo requiere con fruición de otro ser humano a su lado, y ojala que este otro ser humano, además de

solidaridad y empatía, le brinde el alivio y la curación frente a su mal. Es entonces cuando se necesita a un ser humano-médico, o a un médico-humano. No sólo un gran científico y técnico, pues ello no basta. Sin duda que requiere de idoneidad profesional, pero no sólo de eso. Ahí radica la diferencia, y ahí se ubica la espoleta para el chispazo rompedor y diferenciador de ese médico que está disponible para todo aquello que el otro ser humano requiere, que es una persona holística que consueña con él, que es capaz de escucharlo, comprenderlo y atenderlo personalmente, individualmente, humanamente.

La realidad es que el ser humano, al principio y al final de la jornada, cuando queda despojado de toda la investidura de ese pseudopoder y protección falsa, material, técnica y manufactural, se revela ineludiblemente como un ser frágil, vulnerable, perecedero y amenazado de muerte desde que tiene conciencia de un modo inexorable, en ese instante, decimos, emerge la humanidad del ser, y, ante la no respuesta a sus necesidades vitales y eventualmente espirituales eclosiona la dimensionalidad transmaterial y la vocación de eternidad, depositaria y acogedora ante tanta necesidad, tantas aspiraciones e inquietudes, búsquedas y nostalgias ignoradas por la fría y sorda realidad circundante.

Es entonces cuando volvemos, retornamos, al hecho más básico, a la verdad más arcaica pero a la vez más actualizada y vigente, cual es la conjunción del paciente con el médico, con un médico humano o humanizado, en una relación interpersonal, íntima, confiable, que permite que ese enfermo, ese paciente, quede íntimamente satisfecho, convencido, informado, fielmente vinculado a su médico y a su tratamiento indicado. El resultado es la curación y/o el alivio real y sanador, porque el paciente percibe que ha sido tratado él mismo, en su condición de único, indivisible e irrepetible. Así, el enfermo encarna esa esencia clave de la medicina desde el siglo V A de C : *no existen enfermedades sino enfermos* (Hipócrates).

Lo anterior nos lleva, entonces, a coincidir en que en el perfil del egresado de la Escuela de Medicina se debe poner especial énfasis en este aspecto específico de la humanización urgente de la Medicina, con contenidos humanizantes y fundamentos éticos, filosóficos, culturales y espirituales reforzados por una actuación coherente de los que practicamos en el día a día esta amada

profesión. Los alumnos aprenden de lo que ven hacer a sus maestros, y eso debe ser consecuente y coherente con el cambio que preconizamos.

Sin embargo, todo lo expuesto no será posible si, como dicen los autores, no se considera la visión, aspiración y expectativas que de la profesión médica tienen los estudiantes en sus diversos niveles de estudios, así como la participación de los pacientes, quienes son el *leit motiv* de todo este quehacer centrado en la persona enferma.

Es fundamental saber qué esperan estos últimos, cándidamente y sin influencias de un ambiente legalizado, de sus médicos, qué es lo que necesitan para ser recuperados en su salud personal y social. A lo dicho agregó que además necesitamos, para completar la figura angular, a los médicos clínicos practicantes con diversos grados de experiencia en trato directo con enfermos y pacientes, para sumar sus opiniones y antecedentes que permitirán completar el proyecto dinámico, permanentemente y siempre revisable, reevaluable y evolutivo que garantice una vigencia funcional del perfil del egresado de la Escuela de Medicina, y del currículo del estudiante de medicina de hoy y del mañana.